

de curiosidad puede citarse la interpretación de Harduino, quien en sus comentarios de Plinio dió a cada letra la equivalencia de una palabra entera. Esta ridícula complementación fué duramente censurada por Havercamp y Flórez (1). Vives, gratuitamente, afirma: "a pesar del significado del reverso, opinamos que se trata de un tipo parlante, y que *Sacerdos* es un nombre y no un título (2). Aunque no hay fundamentos para declararse en uno u otro sentido, nos parece más correcto que se refiera al cargo de algún personaje, autorizando la suposición la presencia de los atributos sacerdotales.

Con esta breve nota hemos tratado de enmarcar, dentro de las series latinas de Carthago-Nova, la más dudosa de sus monedas. — ANTONIO BELTRÁN.

Los guerrilleros en las luchas con Roma.

García y Bellido, después de tratar recientemente diversos temas histórico-arqueológicos, nos da ahora otro estudio de base principalmente histórica (al que no falta con todo el oportuno apoyo arqueológico), que en nada desmerece de aquéllos, y que queda en relación con los referentes a la actuación de los mercenarios ibéricos en el ámbito del mundo antiguo, debidos al mismo autor, y con los que tiene enlace al explicarnos algunas de las causas de por qué fué la Iberia una fuente más abundante de guerreros, soldados o mercenarios, que otras regiones tanto o más pobladas que la nuestra (3).

Resumamos primeramente el trabajo del autor, para añadir luego algunos comentarios que su interesante lectura nos ha sugerido. Nota en el primer epígrafe, "El bandolerismo hispánico en la antigüedad", que "era frecuente entre los pueblos peninsulares, antes y aun después de la llegada de los romanos, la formación de bandas armadas que, desgajándose de las normas corrientes de la vida, se lanzaban a la aventura para vivir del robo y del saqueo". Las formaban todos los descontentos, desheredados, segundones, perseguidos, arruinados. Se establecían en los montes difícilmente accesibles, para caer desde tales guaridas sobre los pueblos del llano; su botín preferido a todos los demás era el ganado. Los autores clásicos dan a estas gentes los denigrantes calificativos de *praedo*, *latro*, *λῃστής*, tanto si se trataba de pequeñas bandas, como de agrupaciones numerosas, verdaderos ejércitos.

(1) *Loc. cit.*—Harduino: *Com. a Plinio*, L. XXXVI, c. XV.

(2) Vives: *Op. cit.*, prólogo, pág. CXVIII.

(3) Vide A. García y Bellido: *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*. Discurso de ingreso en la R. A. de la Historia. Madrid, 1945.

(En el segundo capítulo, "Carácter del bandolerismo antiguo", observa que tales gentes "no actuaban contra las tribus o pueblos de los cuales salían sus componentes, sino contra aquellos otros pueblos o tribus, lindantes o no, con los cuales sus connacionales estaban en guerra o simplemente en enemistad, por lo general permanente. Vivían, pues..., de los enemigos de su tribu, a pesar de haber sido su propio clan el que, por las causas que fueren..., les obligó a echarse al campo apartándoles de su sociedad". Nota que tales hechos no son exclusivos de España y que se originan en sociedades basadas en formas económicas muy elementales "y en no poca parte de la división y subdivisión de los pueblos en multitud de tribus o clanes". Compara este estado de cosas con el que, para Grecia, nos reflejan los mitos, en que tan frecuente referencia se hace al robo de ganados, por parte incluso de personajes olímpicos. En el "Enfoque general sobre sus posibles causas" encuentra la principal de ellas "en la misma tierra y su distribución", tratándose, pues, de "un problema que se nos presenta como esencialmente agrario". Aquí se hace referencia a dos puntos de los más interesantes para el conocimiento de la España preromana, el de las distintas clases sociales que pudiesen existir y el de las fórmulas de derecho consuetudinario que rigiesen en las herencias (repartición de los bienes entre todos los hijos, mayorazgo, etc.), que tanto influyen en la vida de los pueblos, inclinándose a creer que el mayorazgo tiene raíces en esta época tan remota. Nota que el bandolerismo en la forma indicada tiene especialmente arraigo entre los pueblos del occidente y norte de España (lusitanos, galaicos, cántabros), luego entre los del centro (celtíberos y grupos emparentados) y del N. E. (ilergetas, lacetanos, bergistanos), para llegar al mínimo en las zonas más ricas y más cultas de Andalucía y Levante.

"El punto de vista romano" fué prescindir del marco social, económico y consuetudinario en que tales hechos se producían, para considerarlos como algo remediable con una simple acción policiaca. Las "Consecuencias de este punto de vista" fueron la exacerbación del mal, ya que por un lado tal acción no atajó en manera alguna las raíces económicas del mismo, y por otro, al crear pobreza, consecuencia inevitable de la guerra, desarrolló estas raíces, y con las atrocidades y exacciones romanas llevó al campo de los rebeldes masas de gentes hasta aquel momento pacíficas.

Observa el autor que la promesa de tierras desarmaba las más de las veces a los revoltosos o bandoleros, y que, a base de los datos facilitados por Plinio y que encuentran una comprobación general en la arqueología, la región del N. O. peninsular estaba relativamente bien poblada.

La recluta de mercenarios en los tiempos anteriores a la conquista romana fué una válvula de escape a estas gentes que carecían de medios

de fortuna, aspecto que, como hemos dicho, ha sido felizmente tratado por el autor en otros trabajos. Se ocupa después García y Bellido de "Algunos rasgos de la ocupación romana como excitantes psicológicos de la rebelión", refiriéndose a las atrocidades y exacciones romanas (casos de Lúculo, Galba, Didio, etc.). Se refiere a continuación a la actuación de las guerrillas, observando en una nota, a base de los datos que nos da Diodoro, refiriéndose al casamiento de Viriato, la división existente entre los indígenas respecto a la manera de considerar la ocupación romana. Se comentan luego las grandes campañas de las guerrillas lusitanas, donde, empleando un término muy actual, observa "En todos estos casos... vemos que aquellos llamados "bandidos" no son, ni más ni menos, que "guerrilleros", que ya no caen de improviso sobre tribus vecinas o pacíficas, sino sobre aquellas que hoy llamaríamos "colaboracionistas". Después de estudiar el modo de combatir de las guerrillas lusitanas y los fortines y torres de aviso que fueron levantadas para prevenirse contra las incursiones de los "bandoleros" y las "guerrillas", se termina refiriéndose a las campañas de César en la Sierra de la Estrella o *Mons Hermínus*, últimas contra los bandoleros españoles de la antigüedad.

Aunque el trabajo de García y Bellido sea relativamente breve, 62 páginas, es, como todos los suyos, lo suficientemente sustancioso, y plantea problemas lo bastante interesantes, para que sea permitido un breve comentario del mismo.

Hay que reservar una parte importante de la explicación del estado social demostrado por los textos analizados al carácter de pueblos predominantemente pastores que tenían en especial los lusitanos. De la misma manera los mitos griegos a que se refiere el autor, son trasunto de la época pastoril de los helenos, especialmente de los dorios. Claro que la apropiación de ganados es bandolerismo, pero precisamente encaja de tal manera en el proceder de los pueblos pastores, que no puede decirse que entre ellos sea practicado únicamente por grupos de "déclassés", sino que entra en las costumbres de todos. Esta misma economía pastoril determina una tal rarificación en los medios de vida que ofrece una región sometida a ella, que un pueblo pastor necesita de un espacio muy vasto para vivir, y por poco que aumente su número, por el simple juego demográfico, se ve precisado a emprender emigraciones o conquistas. El mismo territorio, si tiene condiciones para ello, aunque sean mediocres, tal es el caso de la Lusitania, explotado en economía agrícola, permite sostener una población mucho mayor. Estos pueblos pastores, cuando por las circunstancias étnicas, geográficas e históricas no se convierten en conquistadores, como es el caso de los lusitanos de aquel tiempo, han de completar sus medios de vida a base de depredaciones sobre sus vecinos agricultores, establecidos en comarcas más favorecidas y de una cul-

tura más evolucionada. Para ellos la Bética era el territorio de elección para sus "razzias". Por ello el calificativo de bandoleros y otros semejantes, usado indistintamente por los autores greco-latinos, en unos casos, el de los lusitanos muchas veces, está conforme con nuestras ideas legales, mientras que en otros sucede lo contrario. Livio, en el caso de Egiturgi, la primera gran depredación de los romanos de que nos dan noticia sus propios textos (año 206), no habla de bandoleros, sino tan sólo de castigo de un grupo de hispanos que había favorecido a los cartagineses. Pero en el mismo año, pudiéramos decir en plena guerra, hay el caso semejante de Astapa, traído a colación por García y Bellido, ciudad en plena Bética o Turdetania, y la acción de cuyos habitantes es calificada de bandolerismo por Livio. El mismo calificativo se emplea contra los ilergetas, luchándose en plena Ilergecia. En general lo que puede servir para discriminar entre la acción defensiva de los pueblos hispanos contra los romanos, y la acción más propiamente de bandolerismo, es estudiar si la lucha tiene o no lugar en las tierras de las tribus de que se trate o lejos de ellas. En el primer caso puede rechazarse el calificativo de bandoleros; en el segundo, incluso habida cuenta del estado social, es perfectamente admisible. Pero, además, hay que distinguir entre los dos grupos que, en líneas generales, podemos denominar celtíberos y lusitanos. Unos y otros luchan con frecuencia a grandes distancias de sus tierras, pero los primeros suelen emplearse como auxiliares de otras tribus hispanas, de las que son soldados, es decir, reciben un sueldo. Así los vemos, por ejemplo, nada menos que en Turdetania, en 195, en número de 40.000 (Livio, 34, 17). Claro que este desplazamiento era pequeño en relación con los efectuados por las mismas gentes y con la misma condición, a lo largo casi de todo el Mediterráneo. Esta condición de los celtíberos se relaciona con el carácter más agrícola, menos pastoril, de su economía, pero demuestra que en Celtiberia había un excedente de población que favorecía este encuadramiento en ejércitos extranjeros en busca de un estipendio. La pobreza del suelo celtibérico puede explicar esta emigración forzosa. Aun hoy día las regiones de la antigua Celtiberia se cuentan entre las menos pobladas de España, y Soria es la provincia de menor población relativa de toda España, y no es porque en ella la natalidad sea inferior a la de otros lugares; los descendientes de los celtíberos siguen emigrando, porque su tierra no ofrece elementos de vida suficientes para mantener una población densa. Una de las causas de la inquietud en Celtiberia pudo ser el taponamiento parcial, como sabemos, de esta válvula de escape que para ella había sido el alistamiento voluntario de sus hombres en ejércitos extranjeros, antes de que la prosperidad del agro hispanorromano pudiese absorber los brazos que la natalidad dejaba inactivos, a cada gene-

ración, entre estas gentes. Es evidente que el reparto de buenas tierras había de ser una decisiva promesa para estos labradores pobres.

El caso de los lusitanos es muy diferente. Los vemos primordialmente actuar como invasores temporales de la Bética, no acudiendo a ella en calidad de auxiliares de los turdetanos, sino como depredadores de los mismos. Pueblo predominantemente pastor, menos civilizado, más arisco y rudo que los celtíberos, aunque no menos esforzado, se presta peor a la disciplina muy rígida del soldado mercenario. Es seguro que las invasiones lusitanas del valle del Guadalquivir debieron tener antecedentes mucho más antiguos, de los que no tenemos datos históricos, pues las mismas causas (pobreza y vida pastoril de la Lusitania, riqueza y vida agrícola del valle del Guadalquivir, testimoniadas abundantemente por los restos arqueológicos) debieron determinar idénticos efectos. Las depredaciones romanas contra los lusitanos empezaron más tarde que las de los lusitanos contra el territorio puesto bajo el dominio y la protección romanos, aunque las primeras campañas, que tienen por teatro la meseta meridional, son tempranas (año 193). Fijémonos que estas campañas de C. Flaminio y M. Fulvio, no propiamente dirigidas contra los lusitanos, pero que ya se orientan en el sentido de buscar la mejor protección para la Bética mediante la extensión del dominio romano más allá de sus fronteras, tienen lugar al año siguiente de la expedición lusitana, cuyo carácter tan exactamente refleja el texto de Livio (35, 1): "... *lusitanos pervastata ulteriore provintia cum ingenti praeda domum redeuntis... impeditum turba pecorum...*". No se puede decir que esta sea una expedición militar contra unos colaboracionistas; a los ojos de los romanos, y de los turdetanos, era una simple expedición de saqueo, y a los ojos de los lusitanos igualmente, sólo que, por ser ellos los saqueadores, tal acción entraba perfectamente en las reglas del juego. Esta clase de problemas todos los poderes fuertes, o que se han creído tales, los han considerado en todos los tiempos simples operaciones de policía colonial. Incluso cuando existen causas de orden moral mucho más elevadas y respetables que las que pudiesen alegar estos lusitanos de comienzos del siglo II antes de la Era, se ha procedido en igual forma. En un tiempo muy diferente, pero dentro del mismo ámbito étnico, recuérdese la forma como los Gobiernos trataron, por ejemplo, los problemas cubano-filipinos: como simples casos que podían y debían ser resueltos con operaciones de policía colonial más o menos costosas; y aun hoy día el mismo espíritu perdura, y cuando muchas gentes recuerdan estos desastres recientes, no es para entonar el *mea culpa*, sino, nostálgicamente, con el ánimo dispuesto a aplicar a problemas semejantes métodos idénticos.

En el caso de las guerras lusitanas posteriores, las que inscribieron en sus anales los casos de Galba y Lúculo (151-150), las enérgicas y crueles

medidas dictadas por estos magistrados, no hay duda determinaron un acrecentamiento del bandolerismo lusitano, al excitar a la venganza a este pueblo belicoso. Fueron medidas cuyo resultado demuestra eran improcedentes, pero de todas maneras bastante justificadas. Cuando Lúculo destruyó una banda de lusitanos que se dirigían a Gades, tal vez para pasar el Estrecho y llevar más allá de él sus fechorías de "razziadores", es indudable procedía en buen derecho. Pero parece, a juzgar por las repetidas alusiones de los textos, que los pastores lusitanos se sentían inclinados a dejar su vida de tales, y a establecerse en tierras de labranza, lo que se justificaba "en la esterilidad de sus campos". La devastación de Lusitania, tierra ya pobre de por sí, por Galba, antes de su intento de aniquilamiento, no haría más que acentuar la necesidad de estas medidas de apaciguamiento, de represión para la mentalidad de Galba, que, como hemos dicho, era y es la más común de todas. El pastor Viriato fué uno de los que se salvaron de la matanza ordenada por Galba, y en él tenemos un buen ejemplo de pastor dispuesto a establecerse "en fértiles campiñas", trocando con ello radicalmente su modo de vivir. Después de las campañas de Viriato, en las que, indudablemente, los pacíficos turdetanos estaban al lado de su protectora Roma, y que tuvieron por escenario principal tierras no lusitanas, la pacificación de esta región no se produjo sino lentamente y mucho más tarde. Las campañas de Sexto Junio Bruto tienen ya por escenario tierras lusitanas, y los romanos penetraron en territorios hasta entonces no pisados por ellos. Pero esta campaña no fué la última ni mucho menos, y vemos que en estas campañas más tardías, como las de Marco Mario, se utilizaron celtíberos para someter a lusitanos, y un grupo de estos celtíberos desplazados, al parecer muy mal recompensados, víctima de una operación policiaca de Didio.

La solución del problema hispano tiene lugar gradualmente, a medida que con la romanización aumenta la riqueza de la provincia, y, por lo tanto, puede mantener mayor número de gentes. Pero, en general, parece que la pobreza de la Celtiberia y la Lusitania, la dificultad de absorber ellas mismas el excedente de su población, determinado por la superioridad de la natalidad sobre la mortalidad, requiere siempre esta válvula de escape que es la emigración, ya sea a tierras lejanas, ya sea a otros lugares del ámbito peninsular, lo mismo que pasa en el N. O. Durante siglos las guerras constituyen esta válvula de seguridad, pero tan pronto el país se estabiliza surge la misma necesidad. La Extremadura (vieja porción de la Lusitania) es tierra de conquistadores por la misma causa. Terminemos diciendo que trabajos como el de García y Bellido, que comentamos, son sillares para escribir la verdadera historia de España, y hacer de ella algo más que un monarcología al llegar a la entraña viva de su desarrollo.—J. DE C. SERRA RÁFOLS.